

William Blake, profeta

Julien Green

Como un demonio escondido en una nube

William Blake

¿Cómo definir a Blake? La lengua es muy pobre y las palabras que nos ofrece han servido a demasiada gente. Me siento tentado, asimismo, de hablar sobre Blake de manera simbólica y decir que era un demonio o un ángel o una suerte de divinidad. Estoy dispuesto a creer que era humano sólo por error, tan escaso fue su parecido con el resto de la humanidad.

Como todo místico verdadero, Blake nunca se dejó engañar por las apariencias de este mundo. Todo ser aparecía ante él bajo un doble aspecto y él sabía que el aspecto humano era el menos importante de los dos: lo importante era el otro, el eterno, el aspecto que adquiere tal ser en el espíritu del Creador. Si nos hubiera contado su vida, habría empezado, sin duda, por decirnos quién era, no a los ojos de los virtuosos londinenses que vivían a su alrededor, sino en el perfecto conocimiento que Dios tiene de cada criatura. Y pienso que nos habría dado un retrato suyo donde estaría desnudo, con la cara radiante y el cuerpo bañado por una luz misteriosa. Muy probablemente habría desdeñado las trivialidades biográficas que habitualmente se apuntan con tanto cuidado: la fecha de su nacimiento, las casas que habitó.

Pero si fuera menester narrar sus años terrenales sería conveniente hacerlo a la manera amplia y generosa de las viejas leyendas: había una vez un gigante de mirada terrible, con voz de trueno y se llamaba Blake, William Blake.

Fue un muchachito imaginativo y visionario. En aquel tiempo, el arrabal londinense le parecía la más hermosa obra de la Creación porque en él descubría los rasgos de un profundo simbolismo; y si bien, más tarde, por una suerte de abjuración, declaró que la Naturaleza es de origen satánico, no parece haber matado en él su amor a la hierba y a las flores que nos dieron *El libro de Thel* y *Los cantos de inocencia*.

De niño vio un árbol cargado de ángeles. Maravillas de tal género le parecían normales y las refería con sencillez porque no lo inquietaba su trato con el mundo sobrenatural y sus relaciones con los seres invisibles conservaron esta especie de familiaridad ingenua hasta el fin de sus días. En otra ocasión contó a su madre que había visto al profeta Ezequiel sentado en el campo, por lo que mereció una bofetada. Por fin, un día en que estaba en su alcoba creyó morir de terror al ver a Dios colgado de la ventana.

Nos confesó que, tiempo más tarde, sólo leía la Biblia si un ángel caído venía del infierno para explicarle el texto sagrado. También Moisés y Dante mantenían buenas relaciones con tales demonios, sin sorprenderse. Milton se desenvolvía con similar libertad, a veces se ponía molesto y había que echarlo. Las conversaciones entre el poeta muerto y el poeta vivo tenían un carácter a la vez literario y religioso. Milton insistía para que Blake corrigiera ciertos errores teológicos que se habían deslizado en *El Paraíso perdido*. Blake se comprometía a hacerlo y daba largas; finalmente declaró que tenía cosas más importantes que hacer. A menudo se entablaban discusiones.

«Ayer vi a Milton» declaraba Blake. «Me dijo tal cosa. Intenté demostrarle que estaba equivocado, pero fue inútil».

«¿A quién saludas?» le preguntó un amigo durante un paseo en el que no se veía a nadie.

«A Pablo el apóstol» dijo Blake.

«Qué fastidio» confesó cierta vez a alguien «Eduardo I siempre interrumpe mis conversaciones con Sir William Wallace».

Una cantidad de espíritus anónimos le dictaban rapsodias proféticas que sólo escribía, a veces, de mala gana. Así fue compuesta *Jerusalén*. Lo que sorprende en él es no tanto la elección de sus amigos sino la desenvoltura con la que los recibía. Nada en él evocaba al transido o al espiritista; era un hombre jovial que cantaba sus poemas en cualquier parte, improvisando las melodías. Tenía la mirada un tanto feroz y se comportaba a veces con vehemencia extrema, pero su cólera se disipaba enseguida y lo sorprendía que alguien se la reprochase.

Se le conoció un solo gran amor pero que duró toda su vida. Empezó de manera singular. Durante un paseo con la hija de un jardinero, Blake le confió su mal de amores. Ella lo escuchó en silencio; luego, conmovida por su pena, le dijo que lamentaba que él no fuera feliz.

«¿De verdad?» dijo Blake. «Bueno, pues, te amo».

La muchacha reflexionó unos minutos y respondió con seguridad:

«Yo también te amo».

Se llamaba Catherine Boucher y como no sabía escribir, firmó con una cruz el contrato matrimonial. En su lecho de muerte Blake se volvió hacia

ella tras acabar ese extraordinario dibujo donde se ve a Dios midiendo los cielos con un compás.

«Debo dibujar un ángel» dijo. «Tú has sido mi ángel».

Y la dibujó.

Se ha discutido vanamente si estaba loco. Los ingleses lo llaman *mad Blake* pero algunos, para aliviar el epíteto, matizan que su locura era trascendente y, si entiendo bien, se trata de un elogio. Otros aseguran que su locura mucho tenía de corriente y era sintomática de un delirio de persecución. Estas fútiles discusiones no valen la pena. La locura se ignora y no sabe dónde va, en tanto el universo de Blake está dominado por una razón omnipotente, aunque se trata de una razón mística que la razón humana no puede juzgar con su propia medida.

Son famosas las excentricidades de Blake. En general, parecen deberse a la preocupación de ajustarse estrictamente a las reglas de la Escritura, sobre todo del Antiguo Testamento. De ahí a respetar como leyes las costumbres referidas por tales libros, hay un paso y no hace falta estar loco para darlo. Esta manera de interpretar la Biblia le valió los sarcasmos de una Inglaterra que perdona difícilmente las transgresiones a la decencia. Un hombre leal es un hombre decente. Una muerte gloriosa es una muerte decente. Lo que no es decente es infame. Se ha visto a Blake desnudo, echado en tierra, leyendo a Milton junto con su obediente mujer, también desnuda.

«Entre usted» le dijo a un visitante desconcertado. «No somos más que Adán y Eva».

Era indecente. Se lo llamaba *mad, naked Blake*. Pero ¿no jugaban en su favor las Escrituras, la desnudez paradisiaca? Quizá creyera que el vestido tuviese un poder maléfico.

El escándalo fue mayor cuando anunció que iba a tomar una segunda mujer, como Abraham; pero Sara, o sea Catherine Boucher, protestó tanto que él hubo de renunciar. Sin embargo, la cosa está registrada en el Pentateuco, no era nada nuevo ni debía sorprender. Cedió, no obstante ser testarudo, conmovido, sin duda, por las lágrimas que hacía derramar.

Si bien no era alto y sus miembros eran delgados, puesto que su padre era irlandés, desafiaba a cualquiera, sin importar le la talla ni la voz. Durante los años de la Revolución Francesa llevó un gorro frigio. Un soldado vestido de rojo, un dragón, que pasaba casualmente junto a su jardín, lo abordó con violencia. Era en 1803 y los sospechosos provocaban mucha inquietud. Pero Blake no tenía miedo. Se lanzó sobre el soldado y, alzándolo por los codos, lo arrojó a la calle.

Su intolerancia excedía toda medida. Un día, trabajando en Westminster, un estudiante incordión creyó ingenioso interrumpirlo. Blake lo bajó de

una trompada del andamio donde estaban. Desde entonces se prohibió a los estudiantes visitar la catedral mientras hubiera en ella artistas trabajando.

Intelectualmente, se parecía a ese personaje de la Biblia que no tenía padre, madre ni genealogía. Era un solitario. Al principio, gustó de escribir a la manera isabelina pero tal gusto pasó sin dejar huellas. En su juventud se empapó de literatura hermética y siempre guardó una inclinación por lo tenebroso y sibilino. Swedenborg era para él «el hombre más fuerte» pero supo resistir a la tiranía de esta influencia y permaneció fiel a sí mismo hasta el fin de su vida. Siguió libremente a su genio. Cuando halló su camino, se vio que nadie había escrito como Blake; seguramente, tampoco nadie había pensado como él. Nadie se preocupó en imitarlo ni formó escuela. Quizás hubo parecido ridículo imitar una mente tan extraña como la suya. Sus escasos lectores se ofendían ante su rudeza literaria, sus ideas sobre el amor y la religión, su perpetua rebelión contra todos los principios reconocidos. No puedo imaginar a Jane Austen leyendo *Los proverbios del Infierno* ni a María Edgeworth, *El Evangelio eterno*. Sí, William Blake escribía indecencias.

Pero si hubiera escrito según el gusto de su tiempo, su gloria habría ganado muy poco, porque utilizaba un procedimiento nefasto para publicar sus libros. Los imprimía él mismo conforme a un método que juzgaba superior y que le había revelado su hermano muerto, en una visión. Era un trabajo prolongado. Se podía tirar sólo un pequeño número de ejemplares y cualquier corrección tipográfica era prácticamente imposible. Además, había que iluminar los frontispicios a mano. El resultado era admirable; pero si se piensa que de su libro más famoso *Los cantos de inocencia y de experiencia*, solamente consiguió tirar veinte ejemplares, más le habría valido dirigirse a un editor menos inspirado pero más veloz. Pero no le gustaban los editores y no es verdad que les hubiera ofrecido alguna vez sus manuscritos. Tal vez el mundo ha perdido, a causa de esta altiva fantasía, numerosos manuscritos que el autor no tuvo tiempo de imprimir y que se extraviaron o fueron destruidos. A creerle, escribió «veinte tragedias más largas que *Macbeth* y cinco o seis poemas largos como los homéricos». Pero todo fue publicado «en la eternidad» y el tiempo no habrá de conocerlos. El 11 de diciembre de 1923, Piocckering and Chatto adquirieron un ejemplar de *Milton*, un poema profético de Blake, grabado e impreso por él mismo. Pagaron por él 34.000 libras esterlinas. El poeta no habría osado profetizar tal suma. Es inútil añadir que vivió y murió en la pobreza.

El estudio de los borradores de Blake es muy curioso. Retomaba incessantemente sus textos. Si se trataba de un poema en versos, escribía al prin-

cipio una estrofa que era como el núcleo y el resto del poema sólo era el desarrollo de esta estrofa inicial, alrededor de la cual venían a agruparse las estrofas complementarias. A veces, la primera estrofa, aunque incompleta, servía de punto de partida a varios poemas. «El tigre» de *Los cantos de experiencia* ofrece un buen ejemplo de esta clase de arquitectura.

Gracias a la lentitud de su trabajo y, sobre todo, de su publicación, Inglaterra no se vio obligada a avergonzarse de las audacias de Blake, por la sencilla razón de que las ignoraba: pero las generaciones siguientes se encargaron de la tarea, y hubo que esperar a Swinburne, muchos años más tarde, para construir el altar expiatorio de los manes, sin duda indiferentes, de uno de los mayores poetas ingleses.

Los cantos de inocencia apareció, por así decirlo, en 1794. Pareciera que este libro está dirigido a los niños, y los padres de sus jóvenes lectores nada descubrieron de heterodoxo en estos tiernos poemas donde triscan los corderillos. Por el contrario, *Los cantos de experiencia*, publicados por el mismo tiempo, destilan vitriolo. Se leen en ellos terribles invectivas contra los ministros de la religión cristiana así como toda clase de inconveniencias sobre el amor.

El Evangelio eterno, robusta y escandalosa negación de la religión oficial, fue escrito hacia 1810. En él se dice que Jesús no era humilde ni dulce, ni siquiera necesariamente casto. A los ojos del autor, nada en el *Evangelio* justifica a un Cristo convencional al cual le reza una clerigalla sensiblera. Blake tenía una concepción particular de ese Cristo al cual volvía la espalda la Inglaterra creyente. Él escribió:

La visión de Cristo que ves
 es la mayor enemiga de mi visión.
 ¿El tuyo tiene una narizota ganchuda como la tuya?
 El mío tiene una nariz respingada como la mía.
 Tu Cristo es el amigo de todo el género humano,
 el mío habla con parábolas a los ciegos...

Veía en sí mismo a un hombre al cual le habían faltado coraje y constancia cuando permitió que lo crucificaran. La misión del Salvador era, según él, seguir vivo y rogar a Dios; la aceptación de la muerte, una indigna debilidad, una cobarde necesidad de descansar antes de haber cumplido su cometido. Por lo demás, Blake se daba cuenta de que las ideas singulares eran intolerables para el público de su época y terminaba su poema con estos dos versos melancólicos: